



*Detalle de la basílica de la Sagrada Familia (Barcelona, España)*

## 56 LA MUERTE DE UN SER QUERIDO no cierra todas las puertas

He aquí una nueva muestra de la actitud de ternura que el papa Francisco suele adoptar al referirse a las personas que sufren, en este caso los miembros de una familia que ha perdido a un ser querido, en particular si se trata de uno de los cónyuges. Desde el punto de vista pastoral, este es uno de los momentos en los que los seguidores de Jesús debemos poner en juego la misericordia, como hacía Jesús siempre que se encontraba con una persona que sufría.

**«A veces la vida familiar se ve desafiada por la muerte de un ser querido. No podemos dejar de ofrecer la luz de la fe para acompañar a las familias que sufren en esos momentos.** Abandonar a una familia que sufre una muerte sería una falta de misericordia, supondría la pérdida de una oportunidad pastoral y cerraría la puerta a la acción evangelizadora» (AL 253).

**«Comprendo la angustia de quien ha perdido a una persona muy amada, un cónyuge con quien ha compartido tantas cosas. Jesús mismo se conmovió y lloró en el velatorio de un amigo** (cf. Juan 11, 33.35). ¿Cómo no comprender el lamento de quien ha perdido un hijo? Es como si el tiempo se detuviese: se abre un abismo que se traga el pasado y también el futuro. Y a veces incluso nos atrevemos a culpar a Dios. ¡Cuánta gente se enfada con Dios! Yo los comprendo.

**La viudez es una experiencia particularmente difícil en toda familia.** Cuando a los cónyuges les toca vivir esta experiencia, algunos vuelcan sus energías en una mayor dedicación a los hijos y a los nietos, y encuentran en esta experiencia de amor un renovado sentido de misión en la crianza de los hijos» (AL 254).

Quizá conviene que fijemos la atención en estos tres motivos que deben mover a todo seguidor de Jesús a acompañar a las personas que sufren por haber perdido a un ser querido:

— En primer lugar, la oportunidad de mostrar misericordia, que es la expresión del amor ante toda persona cuyo corazón está profundamente herido y re-

quiere el consuelo compasivo de otra persona cercana. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mateo 5, 3).

— En segundo lugar, la oportunidad de ejercer el ministerio pastoral mostrando cómo el mensaje evangélico de Jesús llega a sus destinatarios preferentes a través de quienes Él mismo ha enviado a realizar esta misión.

— En tercer lugar, la oportunidad de encontrarnos con personas que ahora están en condiciones de beneficiarse de la acción evangelizadora de la Iglesia. Ello debe movernos a ejercer la acción pastoral.

**«Nos consuela saber que los que mueren no desaparecen totalmente, y la fe nos asegura que el Resucitado nunca nos abandonará. Así podemos impedir que la muerte envenene nuestra vida, haga inútil nuestro amor y nos haga caer en el vacío más oscuro.**

La Biblia habla de un Dios que nos creó por amor, y que nos ha hecho de tal manera que nuestra vida no termina con la muerte. [...] El prefacio de la Liturgia de los difuntos lo expresa claramente: “Aunque la certeza de la muerte nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma”.

Nuestros seres queridos no han desaparecido en la oscuridad de la nada: la esperanza nos asegura que ellos están en las manos generosas y poderosas de Dios» (AL 256).

La preparación personal para afrontar esos momentos de dolor y sufrimiento también forma parte de la pastoral familiar, precisamente por el carácter de este dolor y este sufrimiento en los miembros de la familia.

**«Si aceptamos la muerte, podemos prepararnos para acogerla. Podemos crecer en el amor a los que caminan a nuestro lado, hasta el día en que “ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor” (Apocalipsis 21, 4).**

De ese modo, también nos prepararemos para reencontrar a los seres queridos que murieron. Así como Jesús entregó a su madre el hijo que había muerto (cf. Lucas 7, 15), lo mismo hará con nosotros.

**No malgastemos energías quedándonos años y años en el pasado.** Mientras mejor vivamos en esta tierra, más felicidad podremos compartir con los seres queridos en el cielo. Cuanto más logremos madurar y crecer, más cosas lindas podremos llevar al banquete celestial» (AL 258).

- ¿Qué actitud adoptamos ante los que sufren por haber perdido un ser querido? ¿Impotencia? ¿Compasión? ¿Los acompañamos?
- ¿Nos preparamos para afrontar esta situación, que viviremos varias veces a lo largo de la vida? ¿Cómo lo hacemos?

**edebé**

Extracto del libro *Exhortación del PAPA FRANCISCO — LA ALEGRÍA DEL AMOR*  
Selección y desarrollo: FRANCESC RIU y MARGARIDA MOGAS